

El manto de lana

Sofía Alejandra Soto Torres

Sonaba mi alarma a las 6:00 am y junto a mi oveja Azúcar disponíamos a deshaceros de nuestras frazadas tejidas a mano. Había mucho frío. Fui a prender el pequeño foco colgante que caía del techo, vi el calendario, 7 de agosto de 1995. Al intentar prender el calentador que estaba debajo noté como el piso de mi casa estaba húmedo, pero al abrir las cortinas noté como no podía ver nada, mi casa estaba cubierta casi hasta el techo con nieve. El intentar abrir la puerta fue un caos total, Azúcar estaba asustada, mientras que por mi puerta de madera vieja no dejaba de entrar nieve.

Finalmente pudimos salir de ahí después de una hora. Podíamos ver desde la cima de nuestra casucha en las montañas como toda la ciudad estaba en una situación aún peor. Escuchaba a través de mi radio oxidada las noticias que indicaban que la nieve no cesaría. Tenía que hacer algo al respecto, tenía que ayudar a mi ciudad.

Mi plan era tejer un gran manto de lana que cubriera el cielo para contener la nieve y esfumarla con la magia que esta naturalmente tenía. Me dirigí con Azúcar a mi bodega mientras la nieve caía sobre nuestras cabezas. Cuando llegamos, la escena con la que me encontré destrozó mi corazón. La bodega donde llevaba años almacenando mi lana se había convertido en escombros. Los minutos pasaban, no debía permitir que mis penas me alejaran de mi objetivo. Tomé mis varillas y con la lana de Azúcar comencé a tejer.

Azúcar era una oveja con una lana abundante que con ayuda de mi magia sería suficiente para cubrir todo el cielo de la ciudad. Llevaba laburando unas cuantas horas, había demasiado frío, ya casi no sentía mis dedos, pero estaba a punto de acabar con el último trozo de cielo.

Azúcar estaba incluso peor que yo, podía sentir como cada vez su cuerpo temblaba gradualmente, pero estaba dispuesta a dar toda su lana para salvar su amada ciudad, y así sucedió.

Ahora Punta Arenas tenía un techo de lana kilométrico que la arropaba. Junto a mi preciada oveja, Azúcar nos recostamos sobre la nieve viendo como la misma iba esfumándose desde la parte más baja de la ciudad, pero para cuando llegara a esfumarse donde estábamos sería tarde. Asumimos nuestro final con mi fiel compañera, viendo hacia arriba el manto que había creado, cerramos los ojos, juntamos nuestros cuerpos fríos y con una leve brisa todo lo que fuimos se esfumó, así como la nieve de la ciudad.